D O S S I E R

la sala de psicomotricidad en terapia

RIKARDO ACEBO
Del Grupo de Estudio de Terapia Psicomotriz

Hace años ya desde que en el Grupo de Estudio de Terapia Psicomotriz nos empeñamos en poner palabras escritas sobre muchas de las cosas que habíamos observado, constatado, investigado y descubierto de nuestra práctica con las niñas y niños que han ido pasando por nuestras salas. Durante estos mismos años, hemos pasado con mayor o menor profundidad por muchos aspectos, pasajes de los que va quedando constancia en diversos escritos, comunicaciones y publicaciones.

Como nuestro grupo es variopinto en cuanto a la residencia de algunos de sus miembros, una de las dificultades que se planteaba era, precisamente, la del trabajo en común. Por ello, las personas que vivíamos más lejanas que la mayoría intentamos establecer una dinámica particular, acometiendo los temas menos complejos. O eso es lo que pensamos, pues es de aquí de donde parte lo que luego fue un complicado inicio a la hora de afrontar uno de esos temas supuestamente más sencillos: Se trataba de reflexionar y escribir sobre la sala de psicomotricidad.

Algo tan cercano y cotidiano, tan inmediato, ese lugar en el que ponemos en juego la mayor parte de nuestra práctica, no debería ser muy difícil. Pero la verdad fue otra: Empezamos a "distraernos" con descripciones objetivas (condiciones mínimas, medidas, equipamientos y dotación de espacios y materiales), aun con cierto ánimo de no caer en repetir lo que ya estaba escrito y descrito en numerosas publicaciones (espacio sensoriomotor, espacio de juego simbólico, espacio de represen-tación, bloques de goma-espuma, etc.). Como consecuencia, estábamos evitando entrar en otra cuestión más profunda: La que tenía que ver con el significado de la sala y no con su significante.

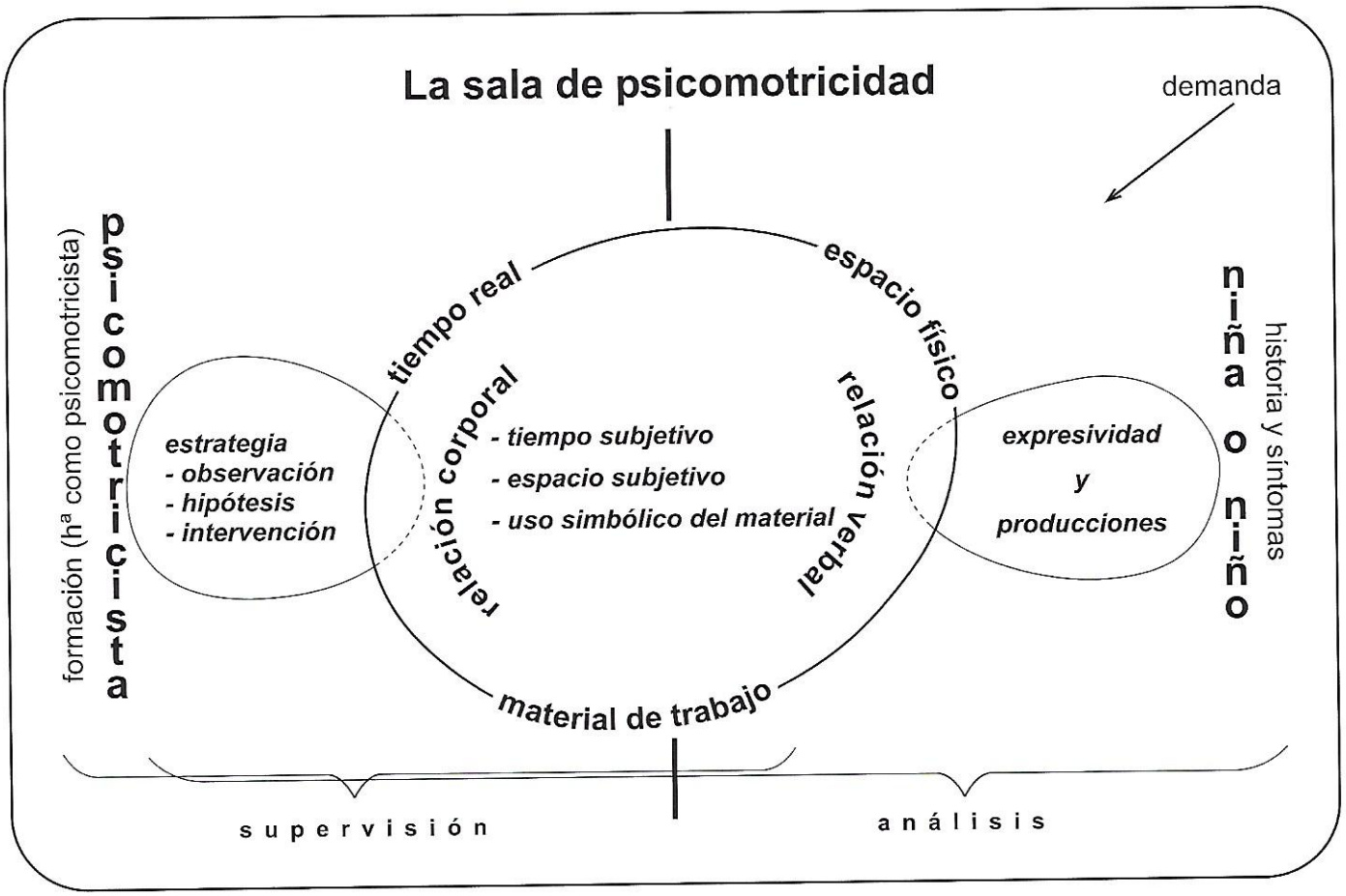
El caso es que, paradójicamente, nos fuimos perdiendo en un laberinto de elementos concretos hasta que, por casualidad, como si fuera verdad que las casualidades existen, nos encontramos con la posibilidad de utilizar mapas conceptuales para explicar el tema que nos ocupaba. Usar este tipo de gráficos nos rescató del laberinto, aunque también es cierto que tuvimos que hacer varios intentos hasta llegar a éste que ahora presentamos; y no porque sea algo definitivo, sino porque pensamos que es un buen punto de partida. De hecho, pensamos que a este esquema básico se podrían añadir otros del resto de temas que hemos tratado en el grupo, formando un espléndido puzzle. Así pues, y para no perdernos en las numerosas piezas que pueden componerlo, vamos a ceñirnos a las que aparecen en el gráfico adjunto, explicando su colocación; una colocación que no es la única, sino la que percibimos en nuestro grupo. Os retamos, amistosamente por supuesto, a contribuir con la vuestra.

D O S S I E R

Y comenzamos con la aclaración de que hablamos de la sala de psicomotricidad cuando estamos en ella en una práctica terapéutica, es decir, cuando se trata de la relación del psicomotricista con la niña o niño atendido. Precisamente es desde esta idea de la relación entre estos dos de donde partimos para desarrollar este mapa conceptual.

En una mirada rápida podemos ver que hay dos partes, la del psicomotricista y la de la niña o niño, y una gran parte central que es, precisamente, la que representa esa relación. Así como en una práctica psicomotriz educativa hablamos de espacios, tiempos y materiales, de expresividad y de producciones de las niñas y niños, del grupo que conforman, de la intervención del psicomotricista, etc., en una práctica terapéutica hablamos de tres protagonistas: la niña o niño, el psicomotricista y la relación que establecen los dos.

Volvamos al gráfico para ver lo que dibujamos en las áreas de estos tres protagonistas, sin perder de vista que cada uno de los términos que en él aparecen bien podría ser el título de otros tantos capítulos, el comienzo de otros tantos nuevos puzzles.



D O S S I E R

Dividimos verticalmente el esquema en dos zonas, la del psicomotricista a la izquierda y la de la niña o niño a la derecha, si bien, más que una división, se trata de dos partes que se unen en una gran tercera: la que representa la citada relación entre niña o niño y psicomotricista. No es casual la representación gráfica que ilustramos con líneas que no constituyen circunferencias regulares, pues queremos destacar la idea de que contienen algo vivo, cambiante, en evolución y no determinado, aunque haya una cierta simetría en el esquema (paradójicamente, hacemos un esquema simétrico para hablar de la posición disimétrica en que ha de situarse todo terapeuta).

En efecto, hay una correspondencia en los laterales, que tiene que ver, primero, en los más extremos del gráfico, con lo que psicomotricista y niña o niño traen de sí a este lugar, y después con lo que hacen. Todo ello va acercándose al círculo "imperfecto" central que representa la relación.

En la parte izquierda, es el psicomotricista quien aporta su historia, entendida ésta en un sentido amplio: su historia personal y la de su propia formación como terapeuta psicomotricista. Se abre aquí un amplio abanico de posibilidades para reflexionar sobre esa formación y, en concreto, es tentador hacerlo sobre la formación personal, característica única de las concepciones más dinámicas de psicomotricidad.

Esta historia personal y formativa determina la manera de hacer del psicomotricista en su intervención con las niñas y niños tratados (es lo que Bernard Aucouturier acuñó como 'tecnicidad'). También lo representamos como un círculo irregular y dinámico: son las estrategias que se basan en un continuo proceso de observación-hipótesis-intervención.

En esta parte del esquema situamos la supervisión, herramienta externa indispensable que ayuda al terapeuta a tomar en cuenta las resonancias tónico-emocionales que pueda experimentar, es decir, a mantener su posición disimétrica de ayuda.

En la parte derecha, representamos el aporte de la niña o niño. Trae también su historia y sus síntomas; unos síntomas que necesariamente ligamos a la demanda que se nos hace para intervenir. Alejamos la demanda del centro del esquema, no porque no sea trascendente (parte del Grupo de Estudio se dedicó a estudiarla en profundidad), sino porque, aunque esté en su lado del plano, generalmente no es la niña o niño quien la efectúa. Aún así, tendremos en cuenta que la demanda sufre importantes transformaciones a lo largo del proceso terapéutico.

Todavía en este lado derecho, avanzamos hacia el centro y dibujamos la expresividad y producciones de las niñas y niños tratados como fruto de su historia y como aporte a la relación.

Incluimos aquí el análisis de esa expresividad como una excelente herramienta, tanto para nuestra formación como para el ajuste de nuestra intervención.

Y llegamos así al gran círculo no-perfecto central. Hemos intentado hacer la representación gráfica de la relación que se establece entre el psicomotricista y la niña o niño con quien trabaja en las sesiones. Se trata de un círculo grande y en el centro porque pensamos que es esta relación lo fundamental en cualquier proceso de terapia psicomotriz.

Es una relación en todos sus niveles, hasta en los más profundos; por ello escribimos relación corporal

y gestual y relación verbal. Aquí encuentran pleno sentido conceptos como el de disponibilidad y el de escucha, que corresponden a actitudes que garantizan la necesaria posición disimétrica del terapeuta. También nos parece sugerente la importancia del verbo, un aspecto que a veces se pasa de soslayo en la formación del psicomotricista.

Toda esta profundidad en la relación nos hace pensar en sus contenidos subjetivos (tiempos, espacios, juegos simbólicos, etc.), necesariamente enmarcados y limitados por lo objetivo de las condiciones periféricas: el tiempo real, las características de la sala y los materiales.

No podemos dejar de insistir en la idea del dinamismo que para nosotros tiene el proceso terapéutico y que hemos querido expresar mediante este gráfico. Hemos hecho una descripción de afuera hacia adentro, pero podíamos continuar de adentro hacia fuera y luego volver de afuera hacia adentro y así infinitamente, porque no podemos ignorar el poder transformador de la relación.

Además de este movimiento sin fin, podemos expresar y representar más movimientos, como son los de las resonancias tónico-emocionales: podríamos haberlos significado con unas flechas de dirección de una parte a la otra (en términos psicoanalíticos transferencia cuando va de derecha a izquierda; y contratransferencia cuando es de izquierda a derecha).

En fin, pensamos que este esquema puede ser una invitación a reflexionar y sistematizar un poco sobre la complejidad del proceso terapéutico psicomotor. A algunos de nosotros nos ha servido para ordenar bastantes ideas. Os recordamos el reto inicial para que lo uséis y lo enriquezcáis. Así conseguiríamos que el mismo esquema en sí, el significante, también fuera dinámico.

asociación profesional de psicomotricistas